

CAPITULO VII.

LOS OFENSORES.

EN la mañana que siguió á la escena que acabamos de describir, estaba Filemon envuelto en su piel de cordero y sentado en una grada calentándose, como un verdadero hijo del desierto, al resplandor de un magnífico sol, que ponía candente la negra piedra hasta el punto de no poderse tocar con la mano desnuda. Observaba las golondrinas que revoloteaban entre las columnas del Serápeo, y pensaba en las muchas veces que había contemplado con placer su danza aérea, cuando giraban y se remontaban en el antiguo valle de Scetix. Multitud de ciudadanos con procesos, recursos y peticiones, entraban y salían de la sala de audiencia del patriarca. Pedro y el arcediano aguardaban á la sombra cerca de allí hasta que se reuniesen los parabolanos, y discurrían con calor sobre los últimos sucesos, oyéndose de tiempo en tiempo los nombres de Rafael, de Hipatia y Orestes.

Llegó á la sazón un anciano eclesiástico, y saludando respetuosamente al arcediano, pidió que uno de los parabolanos le auxiliase, pues era preciso trasladar al hospital la familia de un sastre, atacada toda de fiebre.

El arcediano le miró, respondió: "bien," y siguió conversando con Pedro. El eclesiástico, inclinándose mas que la primera vez, manifestó que el auxilio requerido no podía dilatarse.

—Es muy fastidioso, dijo Pedro dirigiendo la vista á las golondrinas del Serápeo, que algunas gentes no tengan bastante influjo en sus parroquias para conseguir que las buenas obras se ejecuten sin necesidad de molestar á su santidad el patriarca.

El anciano eclesiástico tartamudeó una especie de excusa, y el arcediano, sin dignarse mirarle segunda vez, dijo:

—Buscadle un hombre, hermano Pedro: cualquiera servirá. ¿Qué hace ahí ese chico.... Filemon? Que vaya con el maestro Hieracas.

Pedro pareció no recibir la proposición favorablemente, y habló en voz baja al arcediano:....

—No; no puedo desprenderme de

ningun otro. Las personas importunas deben correr la suerte de estar bien ó mal servidas. Vamos, ahí estan nuestros hermanos; iremos todos juntos.

—Cuanto mas tiempo vayamos juntos mejor para el chico, dijo Pedro bastante alto para que Filemon, y quizá el anciano eclesiástico, le oyesen.

Filemon fué, pues, con ellos, y por el camino preguntó á sus compañeros en voz baja quién era Rafael.

—¡Un amigo de Hipatia!

Este nombre le asediaba donde quiera; y empezó, del modo mas indirecto y oculto que le fué posible, á pedir informes sobre la que lo llevaba. La precaucion era inútil; pues con solo oír mencionar aquel nombre, todos prorumpieron en gritos de reprobacion.

—Confunda Dios á esa sirena, á esa encantadora, maestra de hechizos y brujerías! Es la estraña muger á quien se refieren las profecías de Salomon.

—En mi sentir, dijo otro, es la precursora del Antecristo.

—Quizá sea la vírgen de quien está anunciado que debe nacer, observó uno de la comitiva.

—Eso no, yo respondo, dijo Pedro con una burla grosera.

—¿Y Rafael Aben-Ezra es su discípulo en filosofía? preguntó Filemon.

—Su discípulo en engaños, contestó otro. La realidad de la filosofía ha muerto hace tiempo; pero las personas principales hallan digno aun adorar su sombra.

—Algunos de los que frecuentan la casa de Hipatia adoran algo mas que su sombra, dijo Pedro. ¿Creeis que Orestes va allí tan solo por amor á la filosofía?

—No debemos ser tan duros en nuestros juicios, dijo el anciano eclesiástico: Sinesio, obispo de Cirene, es un santo, y sin embargo, quiere mucho á Hipatia.

—¿El un santo? exclamó Pedro. ¿Y tiene muger? ¿Y su insolencia llegó hasta decir al bienaventurado Teófilo, que no sería obispo si no se le permitia conservar la; y prefirió al don del Espíritu Santo los gozos carnales del matrimonio, ignorando las Escrituras, que afirman que los que son siervos de la carne no agradan á Dios? Como dice muy bien Siricio de Roma: “¿Acaso puede el Santo Espíritu de Dios morar en cuer-

pos que no sean santos?" No hay, pues, que admirarse de que una persona como Sinésio se arrastre á los piés de la querida de Orestes.

—¿Segun eso es muger perdida? preguntó Filemon.

—Debe serlo. ¿Tiene un pagano fé ni gracia? Y sin fé ni gracia, ¿qué es la rectitud sino impureza? ¿No dice San Pablo que Dios los ha entregado á un espíritu réprobo, fuente de injusticia, dishonestidad, codicia, malicia y demas que contiene el catalogo que conoceis? ¿Por qué, pues, me preguntas?

—¡Ay! ¿y ella es todo eso?

—¡Ay! ¿y por qué ay? ¿Cómo seria glorificado el Evangelio si los paganos excediesen en santidad á los hijos de Cristo? Debe ser, luego es. Si Hipatia parece poseer virtudes, no teniendo la gracia de Cristo, son solo vicios, engaños, es el diablo convertido en ángel de luz. En cuanto á la castidad, flor y corona de todas las virtudes, el que dice que, siendo aun pagana, la posee, blasfema contra el Espíritu Santo, cuyo peculiar y mas alto don es, y debe estar seguro del eterno anatema "¡Amen!"

Y Pedro, persignándose devotamen-

te, se separó con ira y desprecio de su jóven compañero.

Filemon era bastante avisado para conocer que la asercion es distinta de la prueba; pero el argumento de Pedro: "debe ser, luego es," aborraba un sin número de dificultades. . . . y no cabe duda que él bebia en muy buenas fuentes. Así, Filemon siguió su camino triste, sin saber por qué, con la nueva idea que habia formado de Hipatia, figurándosela á modo de una Mesalina, temible por sus hechizos, cuya habitacion estaba contaminada con mágicos ritos y almas pervertidas de hombres.

Justamente en aquel momenro Pedro y el resto de la comitiva tomaron una calle lateral, y Filemon y Hieracas se dirigieron juntos á su destino. Caminaron algun tiempo en silencio, subiendo por una calle y bajando por otra, hasta que Filemon, á falta de otra cosa mejor que decir, preguntó á dónde iban.

—Adonde me plazca. ¡No, jóven! Si siendo como soy un simple eclesiástico, he tenido que sufrir insultos de un arcediano, no los sufriré de tí.

—Te aseguro que no he querido insultarte.

—Ciertamente que no: vosotros aprendeis todos la misma treta, y los jóvenes la toman de los viejos con bastante anticipación. Palabras más blandas que mantea, y sin embargo, verdaderos puñales.

—¿Supongo que no te quejarás del arcediano y sus compañeros? dijo Filemon lleno de celoso respeto hacia el cuerpo á que pertenecía.

El eclesiásto no contestó.

—¿Cómo, señor! ¿no están en el número de los hombres más santos y piadosos?

—¡Ah!.... sí.... dijo Hieracas en un tono que parecía significar: ¡Ah!.... no....

—¿No opinas así? preguntó Filemon bruscamente.

—Eres joven.... eres joven. Espera hasta que hayas visto tanto como yo. Esta es una época degenerada, hijo mío, y que en nada se parece á los buenos tiempos antiguos, cuando los hombres padecían y morían por la fé. Hoy prosperamos demasiado; y hermosas mugeres se pasean con Magdalenas bordadas en sus adornos de seda, y Evangelios pendientes de su cuello. En mi juven-

tud morían por lo que ahora les sirve de adorno.

—Pero yo hablaba de los parabolanos.

—¡Ah!.... Muchos de ellos no tienen de tales más que el nombre. No vayas á decir que yo te lo he contado; pero sabe que muchas personas ricas ponen su nombre en la lista de los cofrades, únicamente para eximirse de pagar contribuciones, y dejan el trabajo á los pobres como tú. Todo es corrupción, hijo mío; te convencerás de ello. En cuanto á los predicadores.... El público solía decir.... y lo mismo decía el abad Isidoro.... que nadie me aventajaba en Pelusium tocante á buenas dotes para el púlpito; pero desde que he venido aquí, hace once años, que lo creas que no lo creas, no me han encargado un solo sermón en mi parroquia.

—¿Sin duda te chanceas!

—Como soy cristiano, que no. La razón no se me oculta. Aquí temen á los discípulos de Isidoro.... quizá porque han adoptado la manera sencilla de expresarse de aquel santo.... y los oídos son delicados en Alejandría. Se encuentran en estos parajes también algunas personas que no le perdonarán nunca

la parte que tomó en el asunto de esos tres miserables, Maron, Zósimo y Martiniano, y cierta carta suya. No es otra la causa del triste papel que hago aquí, mientras los lisonjeros y personas como Pedro prosperan y me tratan con desprecio. Pero así sucede siempre. Todos los obispos, excepto el bienaventurado Agustín (¡ojalá hubiese yo seguido el consejo de mi abad, é ido con él á Hipona!) han tenido sus aduladores y soplones, á cuya cabeza se pone generalmente el que piensa ocupar su lugar en cuanto muera, saltando por cima de los párrocos llenos de méritos y virtudes. Así va el mundo. ¡Si á lo menos existiese hoy la unidad que en los buenos tiempos de Diocleciano y Decio!

—¿De los perseguidores?

—Sí, hijo mio. . . . en los tiempos de la persecucion, cuando los cristianos morian como hermanos, porque como tales vivian. Poco de eso verás hoy, á no ser en algun remoto obispado, del que nadie oye hablar; pues en las ciudades reina gran pugna por los empleos y el poder. Cada cual está celoso de su vecino. Los presbíteros lo están de los diáconos, y con razon; los obispos del

metropolitano, y éste, tambien con razon, lo está á su vez de los obispos del Africa Septentrional. Es un cisma, un completo cisma.

Mientras hablaban, dos corpulentos negros se adelantaron y colocaron ante las gradas de una iglesia junto á la cual pasaban, un objeto nuevo para Filemon, á saber: una silla de manos, cuyas varas estaban embutidas de marfil y plata, y la parte superior cubierta con cortinas de seda color de rosa.

—¿Qué hay dentro de esa jaula? preguntó al anciano eclesiástico, cuando los negros se detuvieron para limpiarse el sudor que corria de sus frentes, y una esclavilla acudió con un quitasol y chinelas en la mano, alzando respetuosamente la orla de la cortina.

—Una santa.

Un zapato bordado, con una ancha cruz de oro en el empeine, salió delicadamente de debajo de la cortina, y la doncella arrodillada puso en él la chinela.

—¡Eso es! murmuró el eclesiástico. No basta servirse de cristianos como de acémilas. . . . Así solia decir el abad Isidoro; y á Iron, el litigante, dijo en su

cara que no comprendía cómo un hombre amante de Cristo, y conocedor de la ley de gracia que ha emancipado á todos los hombres, podía tener esclavos.

—Ni yo lo comprendo tampoco, dijo Filemon.

—Pero, como ves, en Alejandría pensamos de otra manera. Necesitamos, para subir las gradas del templo de Dios, añadir algo que proteja nuestros delicados piés.

—Se me había figurado que estaba escrito: Quítate los zapatos, porque el sitio en que entras es un lugar sagrado.

—¡Ah! Muchas cosas están escritas que nos parece conveniente no recordar. ¡Mira! ¡Es una de las mas ricas y piadosas damas de Alejandría!

Y bajó de la silla de manos una mujer, á cuyo aspecto Filemon se quedó mas atónito que cuando vió á Pelagia. Cualesquiera que fuesen los pensamientos que la riqueza y negligente gracia de los adornos de esta última hubiesen despertado en su alma, de seguro no habían inclinado su buen gusto griego á reír y llorar al mismo tiempo, como le sucedió con aquel modelo de la insulsa moda de una civilizacion artificial y

en decadencia que tenía ante sus ojos. El traje de la dama estaba relleno por detras de una manera que escitaba en los desaseados chicos que se veían al rededor de las gradas saltando sobre sus dedos para ganar alfonsigos, la misma censura con que San Clemente había reprobado desde el púlpito á las damas de Alejandria de su época. El referido traje era de seda blanca, y tenía, desde la cintura hasta el tobillo, ciertas misteriosas figuras encarnadas y verdes, cuando menos de un pié de largas, que Filemon gradualmente descubrió eran representaciones de la parábola del Rico y de Lázaro, en el mas bajo y feo estilo de un arte degenerado; mientras que colgaban de su espalda, sobre un brillante chal azul, un Job sentado, rodeado de sus tres amigos; memoria, dijo en voz baja el anciano eclesiástico, de una peregrinacion que la dama había hecho uno ó dos años antes á Arabia, para ver y besar el mismo estercolero en que había estado sentado el patriarca.

De uno de los seis collares que adornaban su garganta, pendía un manuscrito de los Evangelios con ribetes do-

rados y manecillas de joyas; la elevada diadema de perlas que ceñía su cabeza, llevaba al frente una gran cruz de oro; en tanto que sus cabellos, por medio de la pomada, sobrosalian rizados medio pié por cima de la cabeza, formando una confusión de dobleces y de bucles, que debieron costar á algunas infelices esclavas una hora de trabajo y quizá mas de una reprimenda aquella mañana.

Poco á poco, con risueño semblante é inclinados ojos, de tiempo en tiempo lanzando un suspiro de arrepentimiento, sacudiendo la cabeza y colocando la mano sobre su seno cubierto de joyas, subía la hermosa penitente las gradas, cuando alcanzó á ver al eclesiástico y al fraile; entonces, volviéndose á ellos con la mas profunda humildad, les rogó que le permitiesen besar la orla de sus vestidos.

—Mucho mejor harías, señora, dijo Filemon en tono bastante áspero, en besar la orla del tuyo. Llevas ahí dos lecciones que me parece no has aprendido aún.

Al instante su rostro se encendió en orgullo y furia.

—He pedido vuestra bendición y no un sermón. Este puedo tenerlo cuando me acomode.

—Y como te acomode, murmuró el anciano eclesiástico.

Ella subió las gradas, arrojando algunas monedillas á los haraposos chicos, y diciendo para sí, aunque de modo que lo oyese Filemon, “que informaría de todo á su confesor, y que no volvería á verse insultada en las calles por ningún fraile grosero.”

—Ahora confesará allá adentro sus pecados, menos los que acaba de cometer á nuestra vista, y golpeará su pecho, y llorará como una verdadera Magdalena. ¡Ah, jóven! aun ignoras las modas de la ciudad. Cuando tengas mas años, en lugar de decir duras verdades á una hermosa dama que lleva una cruz en la frente, te prestarás á ir hasta las columnas de Hércules si te lo exige, en cambio de su cooperación para llegar á ser un predicador á la moda ú obtener quizá un obispado.

Filemon prosiguió en silencio su marcha al lado del anciano eclesiástico, lleno de asombro y con el alma enferma.... —¡Y esto es lo que el mundo tiene que

mostrarme.... ¡Cañas que el viento sacude, y hombres con lujosos vestidos, propios únicamente para los palacios de los reyes!

¡Por aquello había dejado el antiguo monasterio tan querido, los sencillos goces y los amigos de la niñez, y se había arrojado en el rugiente torbellino del trabajo y la tentación! Sentíase disgustado con el anciano eclesiástico por haber disipado su sueño; descaba creer que sus quejas eran solo exageraciones de un mal humor cínico, ó de un desaliento egoísta. Sin embargo, Arsenio ¿no le había prevenido con tiempo, anunciándole palabra por palabra lo que debería encontrar.... lo que había encontrado? La grande idea de San Pablo, ¿era, pues, un vano é imposible sueño? ¡No! La palabra de Dios no podía menos de cumplirse; en la Iglesia no cabía el error. La falta no podía estar en ella, sino en sus enemigos; no, como decía el anciano, en su demasiada prosperidad, sino en su esclavitud. ¿Cómo había de marchar la Iglesia con entera libertad en la senda de la salud, hallándose oprimida y aprisionada por los príncipes de la trer-

ra? ¡Y cómo podían estos ser sino los tiranos y antecristos que eran, mientras estuviesen amenazados y engañados por la filosofía pagana, y por los vanos sistemas de la humana sabiduría? Si Orestes era la maldición de la Iglesia de Alejandría, entonces Hipatia era la maldición de Orestes. Sobre la cabeza de ésta pesaba la verdadera culpa; ella era la raíz del mal. ¿Quién lo extirparía?...

¿Por qué no habría de ser él? La empresa podía ofrecer peligros; pero, feliz ó desgraciada, tenía que ser gloriosa. La causa del cristianismo necesitaba de grandes ejemplos. ¿No era posible.... (y su juvenil corazón latía con fuerza al pensarlo) no era posible, por algún grande acto de atrevimiento, de abnegación, de divina locura de la fé, semejante á la de David en los antiguos tiempos cuando salió á combatir con el gigante, despertar un noble entusiasmo en almas egoístas é incontinentes, y traer á la memoria de sus contemporáneos, logrando quizá que ajustasen á ellos sus vidas, los modelos de aquellos mártires que eran el orgullo, la gloria, la herencia de Egipto? Y al presentarse á su imaginación, una tras otra las figu-

ras de hombres sencillos y de mugeres débiles que habian resistido á la tentacion y la vergüenza, al tormento y la muerte, para vivir siempre en la memoria del género humano y sentarse entre los escogidos de la celeste corte, brillando sus frentes por toda la eternidad con la corona de los mártires, su corazon latió fuerte y apresuradamente, y solo deseó que se presentase el momento oportuno de atreverse y morir.

Y el deseo creó la oportunidad. Porque apenas se reunió con sus hermanos visitantes, cuando el pensamiento que le absorbía le impulsó á hablar de nuevo, y empezó á pedirles con ardor mas noticias acerca de Hipatia.

En este particular, no obtuvo verdaderamente sino nuevas invectivas; pero, cuando sus compañeros, despues de hablar de los últimos sucesos, mencionaron la gran derrota del paganismo veinte años antes, en el patriarcado de Teófilo, á Olimpiodoro y su turba de secuaces, que con la fuerza de las armas defendieron muchos dias el Serápeo contra los cristianos, haciendo salidas y atormentando y asesinando á los prisioneros que cogian; cuando recor-

daron los mártires que, en medio de aquellas columnas suspendidas sobre sus cabezas, habian preferido morir en el tormento á sacrificar á Serapis; y la victoria final y el soldado que, en presencia de la asustada multitud abrió la grande quijada del ídolo colosal, y destruyó para siempre el encanto del paganismo, el corazon de Filemon ardió por distinguirse como aquel soldado, y calmar su agitada conciencia con algun hecho mas indisputable de cristiana valentía. No habia ya ídolos que romper; pero la filosofía estaba aún en pié.— ¿Por qué no llevar la guerra al centro del campo enemigo, y encerrar á Satanás en su cueva? ¿Por qué algun hombre de Dios no penetraria valerosamente en la sala donde esplicaba la hechicera, y testificaria contra ella en su misma presencia?

—Hazlo, si te atreves, dijo Pedro. Nosotros no descamos ver nuestras cabezas rotas por todos los jóvenes nobles y libertinos de la ciudad.

—Yo lo haré, contestó Filemon.

—Se entiende, si su santidad te permite disponer tan locamente de tí mismo.

—Cuidado con lo que hablas. Injurias á los bienaventurados mártires, desde San Esteban á San Telémaco, calificando de locura semejante accion.

—Informaré á su santidad de tu insolencia.

—Como quieras, dijo Filemon, el cual absorto en su nueva idea, cifraba todos sus deseos en llevarla á cabo. La conversacion no pasó adelante.

.....
—Insufrible va haciéndose la presuncion de los actuales jóvenes, dijo Pedro al patriarca aquella tarde.

—Tanto mejor. Así se aumentará el vigor de los mas viejos en la carrera de las buenas obras. Pero ¿quién es hoy el presuntuoso?

—Ese mozalvete á quien Pambo envió del desierto, el cual se ha atrevido á ofrecerse como campeón de la fé contra Hipatia. Ha propuesto que irá á la sala donde esplica y la argüirá en su cara. ¿Qué te parece este ejemplo de modestia y desconfianza juvenil?

Cirilo no contestó.

—¿Qué respuesta tendré el honor de llevarle? ¿Un mes de destierro á Nitria, sin tomar mas que pan y agua? Seguro

estoy de que no dejarás impunes tales cosas, pues de lo contrario la autoridad y la disciplina acabarian.

Cirilo permaneció un instante mas en silencio; mientras tanto se anubló la frente de Pedro. Por último, el patriarca dijo:

—La causa necesita mártires. Envíame á ese jóven.

Pedro bajó las escaleras encogiéndose de hombros; y con una espresion de semblante demasiado parecida á envidia, dió el recado de Cirilo al trémulo Filemon, que cayó de rodillas, no bien entró en la habitacion del patriarca.

—Me han dicho que deseas ir á la sala en que esplica la muger pagana y argüirla. ¿Tienes valor para ello?

—Dios me lo concederá.

—Serás asesinado por sus discípulos.

—Puedo defenderme, respondió Filemon, echando una perdonable ojeada á sus fornidos miembros. Y si no, ¿hay por ventura muerte mas gloriosa que el martirio?

Cirilo se sonrió.

—Prométeme dos cosas.

—Dos mil si quieres.

—Es bastante difícil cumplir tan solos. La juventud es fácil en hacer promesas y mas aún en olvidarlas. Prométeme que, acontezca lo que acontezca, no darás el primer golpe.

—Te lo prometo.

—Prométeme, además, que no argüirás con ella.

—¿Y entonces?

—Contradice, denuncia, desafía; pero nada de razones, porque no estás instruido; porque tienes fe, pero no sabiduría ni elocuencia; y ella, mas sutil que la serpiente, maneja perfectamente el sofisma. Si obras de otro modo se reirán de tí y huirás de allí avergonzado. Prométeme no argüir.

—Te lo prometo.

—Vé, pues.

—¿Cuándo?

—Cuanto mas pronto, mejor. Pedro, ¿á qué hora esplica mañana esa muger?

—Hoy la hemos visto ir al Museo á las nueve.

—Entonces irás mañana á esa hora. Toma dinero.

—¿Para qué sirve esto? preguntó Filemon, pasando los dedos curiosamente

por la primeras monedas que habia manejado en su vida.

—Para que te dejen entrar. En casa de la filósofa nadie entra sin dinero. No sucede así en la iglesia de Dios, abierta todo el dia al pobre y al esclavo. Si logras convertirla, bien; si no. . . .

—¡Sí, dijo Pedro amargamente á Filemon, ya fuera de la presencia de Cirilo, sube á Ramoth Gilead y prospera, jóven loco! ¿Qué mal espíritu te envió aquí para alimentar la única flaqueza del noble patriarca?

—¿Qué quieres decir? ¿qué flaqueza es esa? preguntó Filemon con toda la altivez de que fué capaz.

—Esa flaqueza consiste en la idea de que por medio de sermones, protestas y martirios se puede extirpar á los cananitas, cuando esto solo se conseguirá con la espada del Señor y de Gedeon. Su tio Teófilo conoció esto bastante bien. A no ser así, Olimpodoro se hubiera apoderado de Alejandría, y hoy el incienso ardería aun ante la imagen de Serapis. ¡Vé, sí, y que ella te convierta! Toca la cosa maldita, como Acam, y concluirás por depositarla en tu tienda. Acompaña á las hijas de Madian, y te

unirás á Belfegor, y comerás las ofrendas de los muertos.

Después de esta consoladora sentencia, ambos se separaron.

CAPITULO VIII.

EL VIENTO DE ORIENTE.

Cuando Hipatia salió al día siguiente en todo el brillo de su gloria, con una comitiva de filósofos y filosofastros, de estudiantes y caballeros, que llenos de respetuosa admiración la seguían hacia el sitio donde esplicaba, un andrajoso mendigo, acompañado de un perrazo de mala catadura, se plantó delante de ella, y extendiendo su puerca mano, le pidió una limosna.

Hipatia, cuyo refinado gusto no podía sufrir la vista, y mucho menos el contacto, de ningún objeto escualido ni degradado, se retiró un poco y dijo á su esclavo que la librase de aquel hombre dándole una moneda. Sin embargo, muchos de los jóvenes se consideraban iniciados en el noble arte de dar matracas,

arte en boga á la sazón en las universidades de Africa, y al cual debemos estar agradecidos, pues que llevó á San Agustín de Cartago á Roma; y cumpliendo con la moda usual de atormentar á la primera sencilla criatura que encontraran, por medio de burlas é insultos, empezaron una serie de chistes personales que el mendigo soportó con estoica resignación. Fuele alargada la moneda; pero, desviando suavemente la mano del esclavo, permaneció sin moverse y resuelto, al parecer, á impedir que Hipatia prosiguiese su camino.

—¿Qué quieres? ¡Alejad de aquí, señores, á este miserable y á su espantoso perro! dijo la pobre filósofa algo asustada.

—Yo conozco este perro, dijo uno de la comitiva; es de Aben-Ezra. ¿Dónde le has hallado, pícaro, antes de que se perdiese?

—Donde tu madre te encontró á tí, en el mercado de esclavos. Hermosa Sibila, ¿te has olvidado de tu mas humilde discípulo, como estos jóvenes que están tratando ya de enseñar á su maestro en el noble arte de burlarse de la gente?